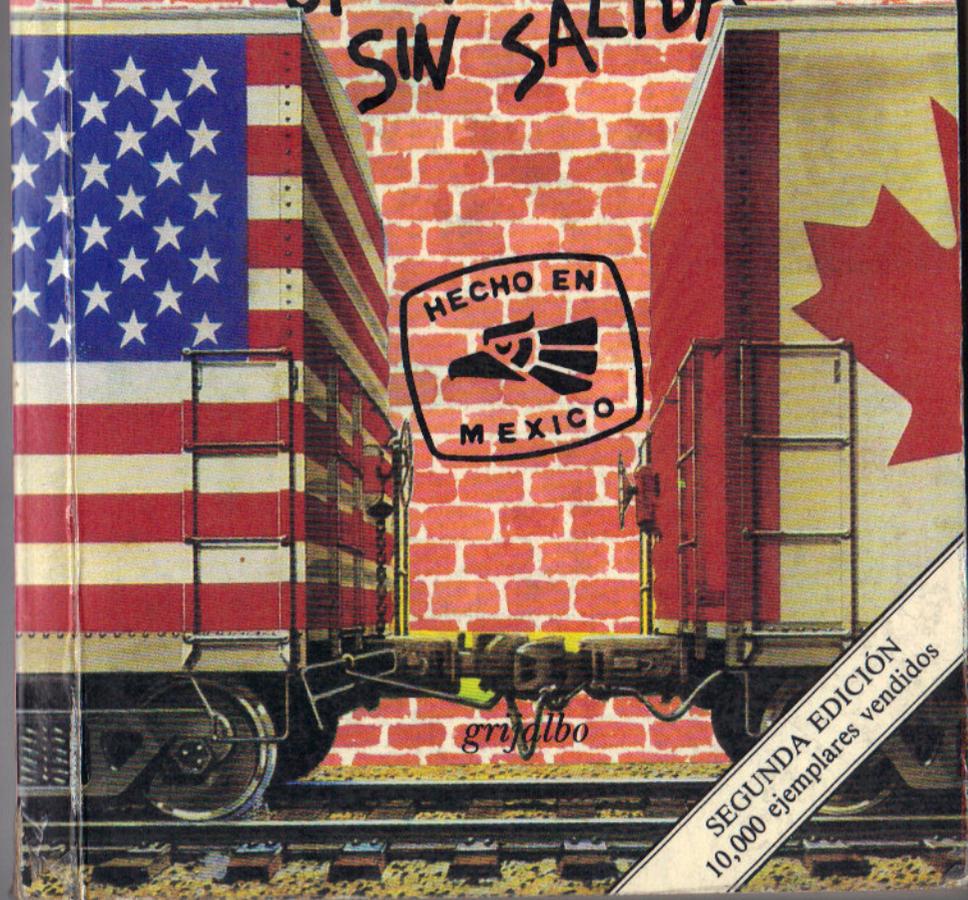


José Ángel Conchello

EL **TLC:**

UN CALLEJÓN
SIN SALIDA



SEGUNDA EDICIÓN
10,000 ejemplares vendidos

Índice

13	Tres prólogos de un tirón
Primera parte: Dónde estamos	
20	I. ¿De qué cambios me estás hablando?
30	II. El péndulo de la historia
32	III. El retorno del capitalismo salvaje
39	IV. Feroz de la calle
113	V. La deuda de la deuda
Segunda parte: A dónde nos llevan	
127	VI. El fraude del globalismo
139	VII. ¿Y qué carambas es el TLC?
149	VIII. Economías complementarias
161	IX. Los obreros, esos desconocidos
189	X. Ganar el mercado, perder el alma
201	XI. ¡O patito y lo chipote!
239	XII. Un matrimonio de inconveniencia
Tercera parte: A dónde debemos ir	
253	XIII. El orden económico del futuro
261	XIV. El hombre nuevo
271	XV. Una técnica a nuestra medida
281	XVI. Lo posible es posible
289	XVII. La pregunta final

Tres prólogos de un tirón

Nuestro primer objetivo es impedir la emergencia de un nuevo rival, ya sea en el territorio de la ex Unión Soviética o en cualquier otra parte, que signifique una amenaza como la que antes significaba la URSS. Ésta es una consideración dominante en apoyo de la nueva defensa estratégica regional y requiere que actuemos para prevenir que cualquier poder hostil domine una región cuyos recursos pudieran, bajo un mando consolidado, ser suficientes para originar una potencia mundial.

El último descalabro de las ilusiones mundiales fue el pensar que, después del derrumbamiento interno de la Unión Soviética, surgiría un mundo multipolar, con varios centros de decisión mundial en un nuevo orden internacional, pero ha surgido un mundo unipolar en el cual la única superpotencia son los Estados Unidos de Norteamérica. Jamás en la historia de la humanidad se había presentado una situación en la que, gracias a las comunicaciones instantáneas, un solo país pudiera ejercer su poder sobre todo el resto del orbe. Las frases citadas respecto a la necesidad de impedir la reemergencia de un nuevo rival son palabras iniciales del documento "Guía para la Planeación de la Defensa", terminado en el Pentágono el 18 de febrero de 1992 y publicado el 8 de marzo en *The New York Times*. Son el

balance mental de la guerra del golfo Pérsico aplicado al futuro de la humanidad.

Esta actitud del Departamento de Defensa de los Estados Unidos no es improvisada, tiene una larga historia que debería ser analizada por quienes, en estos tiempos de modernidad, andan urgidos de firmar un tratado de libre comercio que es una infeliz conjunción entre una estrategia política norteamericana y una estrategia económica mexicana; entre un país que quiere dominar y un gobierno dispuesto a ser dominado; entre el que quiere comprar y el que acepta ser comprado; entre un país que continúa un destino excepcional de dominación y otro que renuncia a una tradición de fiera independencia.

La actitud expansiva de los norteamericanos nace de una mezcla única entre el amor a la democracia y el deseo de dominación; entre la idea de que ellos deben dominar el mundo para realizar la obra de Dios en la tierra y el deseo terrenal, imperialista, de crear un cinturón de naciones que sean la primera línea defensiva de su integridad. "La política —dijo Clausewitz en 1832— es el arte de continuar la guerra por otros medios"¹ y eso es lo que está ocurriendo con el creciente poderío de la única superpotencia de estas postrimerías del siglo xx.

Cuando Ronald Reagan afirmó: "Siempre he creído que este continente (su América) tiene un lugar excepcional cuyo destino es también excepcional, yo creo que nuestro destino es ser el faro de la esperanza de la humanidad", expresaba la certidumbre calvinista de quien recibe el mensaje de un destino manifiesto. Tres años después (enero de 1991), cuando su sucesor George

¹ Claus Von Clausewitz, *Arte y ciencia de la guerra*, Grijalbo, México, 1972.

Bush admite que la "responsabilidad única" de los Estados Unidos es "la de hacer avanzar la causa de la democracia" porque ellos son los únicos que tienen la "estatura moral y los medios necesarios" para hacerlo, se evidencia la idea de la misión moral de ese pueblo. En esta devoción son sinceros aunque están totalmente equivocados.

Sin embargo, ambos personajes son herederos de una tradición que nace con los mismos Estados Unidos. En 1801, Thomas Jefferson escribía al futuro presidente norteamericano, James Monroe:

Aun cuando nuestros intereses nos puedan retener al interior de nuestros propios límites, es imposible no soñar en ese tiempo lejano donde nuestra multiplicación rápida se extenderá, ella misma, más allá de sus límites y cubrirá el conjunto del continente del norte (América) si es que no del sur, con un pueblo hablando la misma lengua, gobernado de la misma manera y con leyes similares.

Para el lector sorprendido, están hablando de México y Canadá, el uno de ascendencia hispana y el otro de fidelidad inglesa. Con esa idea de espacio vital —en 1802— compran Louisiana a Napoleón Bonaparte por un bocado de pan, con lo cual se duplica la superficie del naciente país; en 1812 pretenden liberar a Canadá del dominio inglés, pero la fidelidad pudo más que los cantos de las sirenas.

Más tarde, en 1923, cuando los mexicanos nos desgarrábamos entre federalismo y centralismo, el presidente James Monroe, influido por las ideas jeffersonianas, acuñó una doctrina que, desde entonces, se aplica consciente o inconscientemente a toda América Latina y que lleva su nombre, la Doctrina Monroe:

En atención a la sinceridad y a las relaciones entre los Estados Unidos y las potencias europeas, debemos declarar que consideraremos toda tentativa de extender su sistema a cualquier parte de este hemisferio como peligrosa para nuestra paz y nuestra seguridad...

La idea fue muy pronto simplificada por los políticos y los militares: "América para los americanos".

En 1845, John O. Sullivan, redactor en jefe de la publicación *Democratic Review*, formaliza la idea del Destino Manifiesto:

El movimiento era una fuerza antes de tener un nombre. En efecto, en los años de 1830 lo que los historiadores llamaron después la doctrina del Destino Manifiesto era ya un artículo de fe para millones de norteamericanos. Ellos creían que Dios había creado sobre sus playas un nuevo género de hombre, predominantemente inglés y escocés por herencia; protestante por su fe, democrático en su ideología y de raza blanca; destinado a gobernar el continente, cuando menos del Atlántico al Pacífico y de las fronteras de Canadá al golfo de México.²

En otras palabras, Sullivan simplemente dijo: "Nuestro Destino Manifiesto es extendernos y poseer todo el continente que la providencia nos ha dado, para el desarrollo del gran experimento de la libertad y de un autogobierno federalizado".

Dos años después, en 1847, los norteamericanos intervienen en un conflicto interno entre el gobierno nacional mexicano y una de sus entidades federativas, el estado de Texas. La guerra de injerencia cuesta a Mé-

² *Story of the Great American West*, Reader's Digest, 1977.

xico más de la mitad del territorio nacional, de un territorio que no tenía nada que ver en el conflicto!

Más tarde, en 1902, se urde la guerra contra España para anexarse Cuba y luego las islas Filipinas que, como dijo el presidente McKinley, también les fueron confiadas por la providencia.

Por eso mismo, cuando el presidente Bush lanza en junio de 1991 una Iniciativa de las Américas para crear una zona continental de libre intercambio, realizando el sueño bolivariano desde Washington, estaba continuando la expansión, ahora en materia económica. El primer paso en esa apertura interna fue el anuncio de los mandatarios de México y de los Estados Unidos de firmar el tratado de libre comercio.

Quien piense que eso es agua pasada que no mueve molino desconoce el instructivo del Pentágono de 1992 que dice amenazadoramente:

Hay tres aspectos adicionales en este objetivo. Primero, los Estados Unidos deben mostrar el liderazgo necesario para establecer y proteger un nuevo orden que contenga la promesa de convencer a cualquier competidor de que no tiene que aspirar a un rango mayor o a una postura más agresiva para defender sus legítimos intereses.

En lenguaje menos militar, significa el compromiso del Pentágono de consolidar un orden mundial donde Japón, Alemania, la ex Unión Soviética o México respecto de América Central no deben aspirar a un rango mayor que el que pueda concederles el Pentágono o el Departamento de Estado. Si esto no es así, ¿cuál es el sentido del plan anunciado por el Departamento de Defensa más poderoso del mundo? Un orden mundial que contenga esa promesa será ciertamente un orden represivo.

Segundo, que en asuntos no relacionados con la defensa (militar) debemos influir lo suficientemente en el interés de las naciones avanzadas para desanimarlas de desafiar nuestra dirección o de cambiar el orden internacional político y económico.

Seguramente se están refiriendo a asuntos económicos, no relacionados con la defensa militar, en los que también se comprometen a influir. Si esta afirmación la hubiera hecho el gran caballero de los Ku-Klux-Klan podríamos reírnos, pero la hizo el Pentágono después de estudiar la situación a partir de la guerra del golfo Pérsico. ¿Qué significa desanimar a las naciones avanzadas de cambiar el orden internacional? ¿Será acaso sancionar a Alemania por no bajar las tasas de redescuento bancario? ¿Será el sancionar a Europa por no bajar los subsidios a la agricultura? Si el Pentágono lo afirma estamos en presencia de una política militar y no de una recomendación civil.

Finalmente, dice el Pentágono en el mismo instructivo:

Debemos mantener los mecanismos para desanimar a los competidores potenciales incluso de aspirar a un papel regional o global más importante.

Ésta es la desembocadura de una historia triunfal de siglo y medio de Doctrina Monroe. El faro de la humanidad, la ciudadela de las virtudes republicanas, tiene el ejército más poderoso del planeta, y para justificar el presupuesto está listo a desanimar a sus competidores potenciales —Japón, Alemania, la ex Unión Soviética, la Comunidad Europea— de aspirar a tener un rol, una función más importante que la que actualmente tienen.

En la historia de la humanidad nunca se había unido ese deseo de control del planeta con la posibilidad técnica

de lograrlo. En *El principito*, de Saint-Exupéry, el reyzeuelo de un planeta autorizaba a todos los reyes del mundo a que se pudieran sentar a comer cuando él lo hacía, a pesar de que nadie supiera de su existencia. Todos los imperios, los reinos donde no se ponía el sol, carecían de instrumentos fulminantes para aplicar sus ordenanzas, decretos, amnistías o condenaciones; pero en este siglo de la comunicación instantánea el propósito del Pentágono tiene visos de realidad.

Además, no publicaron el documento como un ejercicio de logística sino como una guía, un instructivo, para la defensa de los Estados Unidos en materia militar o más allá de ella. Abarca no sólo el poder político sino también el mundo económico; es el nuevo capítulo de una idea que comenzó como un buen deseo jeffersoniano y se ha convertido en una escalofriante estrategia mundial.

Ahora bien, a la luz de la historia, ¿cuál debería ser el papel de las naciones independientes frente a ese poder prepotente? ¿Uncirse al carro del triunfador, a riesgo de un mundo que dependa del capricho de una sola nación, o promover el equilibrio mundial?

Yo soy un nostálgico admirador del atardecer veraniego en el World Trade Center a la hora del coctel, contemplando la Estatua de la Libertad, reducida a una miniatura; soy miembro del Smithsonian y de la Biblioteca del Congreso donde cuatro libros míos forman parte de los 29 millones de volúmenes; paso horas tranquilas en Sausalito arrojando pedacitos de sandwich a las gaviotas; he recorrido la ruta de las misiones en California, disfrutando la calma aburrida de Santa Bárbara, la placidez de San Luis Obispo, los calores despiadados del Valle del Río Grande —donde trabajé en una empacadora de toronjas— y los fríos de Aspen en fe-

brero. He tenido la fortuna de escabullirme de muchas juntas oficiales para sentir el calor del pueblo norteamericano, al cual le admiro muchas cosas, "from the red wood forests, to the gulf stream waters". Pero cuando me entero que allá, en los escondrijos del poder, los nuevos halcones siguen dispuestos a dirigir al mundo según la óptica y el interés norteamericanos, a pesar de la admiración pienso que mi deber es rechazarlos. La *Pax Americana* sería el triunfo del capitalismo sin entrañas, tan malo, tan enemigo del bien común y del espíritu como lo fue en su momento el bolchevismo.

Ante una dominación política que está amartillada en el Pentágono y una dominación económica que está en marcha en el Departamento de Comercio, ¿qué deberían hacer los demás países? ¿Facilitar el advenimiento del nuevo orden mundial, unipolar, hegemónico, de los Estados Unidos?, ¿o luchar por un mundo multipolar, con naciones fuertes, libres, que sean iguales que los estados de la Unión Americana, "desiguales en todo, menos en sus derechos"?

Entonces, ¿por qué nuestro país se apresura a la anexión, a la integración a un poderío que amenaza con su prepotencia a todo el orbe? ¿Por qué apoya solícito una tendencia que será nefasta para la humanidad cuando se impongan Washington, el supercapitalismo y el *american way of life*? ¿Por qué facilitar el advenimiento de una era en que Washington sea el gendarme del universo?

No creo que nuestros negociadores sean tan ciegos, tan harvardianos, para no darse cuenta. Creo que se saben culpables de una complicidad antihistórica, pero desean salvar la crisis actual esperando que el mundo se las arregle a largo plazo. Necesitan salir del atolladero en el que se han metido; necesitan entregarse,

mediante un tratado de libre comercio, a una creciente dominación hegemónica que garantice dinero, dinero y más dinero porque, de lo contrario, este país caería en un colapso económico y social. Sienten que no pueden decir no a ese fatalismo. Así se han confabulado en nuestros días una fuerza norteamericana en la que el tratado es parte de su estrategia global y una debilidad mexicana que necesita el apoyo externo para no destruir el frágil desarrollo del sexenio.

Para entender esa fatal necesidad, debemos contar la triste historia de Lolita Méndez, la dueña de una mercería en la colonia Del Valle, en la atribulada ciudad de México.

Lolita Méndez es bajita, regordeta y muy trabajadora; siempre con su delantal de cuadritos azules tras el pequeño mostrador de una mercería caótica que estableció hace muchos años, cerca del mercado público. Cuando la vecina de la tortería le dijo que había una compañía comercializadora que pagaba el 5 por ciento mensual a los que depositaran dinero, sacó unos pocos de sus ahorros y se los prestó a la empresa, que era un colmenar de depositantes. Cuando comprobó que pagaban más de un fabuloso 60 por ciento anual, sacó todos sus ahorros del banco, donde apenas recibía un 12 por ciento y los puso a rédito particular. La empresa se dedicaba al negocio de ventas y necesitaba dinero para ampliar sus mercados. Por eso podía pagar mucho más que los bancos.

Como ella, otros muchos abarroteros, chicharroneros, herbolarios y vendedores ambulantes pusieron su dinero en manos de quienes pagaban tales intereses. Como atractivo adicional establecieron la práctica de

pagar los réditos adelantados, al principio de cada mes, y acudieron muchos más pequeños ahorradores. Sin embargo, nadie efectuaba la "toma de utilidades" y todos reinvertían alegremente sus nuevos intereses.

Un año después la empresa quebró y los dueños andan prófugos en España, acusados de un fraude de más de tres mil millones de pesos.

Toda la operación era una trampa desde el principio, porque los ahorradores casi nunca recogían sus utilidades y, cuando lo hacían, les pagaban con el dinero que otros incautos habían depositado, lo que se llama "maromear el dinero" entre los de abajo y "salivazo financiero" entre los de arriba.

De acuerdo con la historia de los grandes fraudes, en la anatomía de un gran acto especulativo existe, como base, el deseo de hacerse inmensamente rico con un mínimo de esfuerzo físico, gracias a operaciones o mecanismos que están fuera de la realidad económica.

Éste, justamente, era el caso de doña Lolita y el de cientos de pequeños ahorradores que en estas épocas de nueva crisis quieren "salir de pobres" presuponiendo que otros harían rendir su dinero.

También se requiere que exista un elemento real, comprobable, aunque sea inexplicable, en el que se pueda creer; un sistema que será aceptado "no por gente a la que hay que convencer para que crean, sino por gente que quiere una excusa para creer".³ Los pequeños ahorradores de nuestro ejemplo, o de Wall Street en 1929, querían creer en los numeritos que aparecían en su libreta de ahorros, los cuales parecían decirles que su fortuna crecía a la par de su esperanza:

³John Kenneth Galbraith, *The Great Crash of 1929*, Houghton Mifflin, Boston, 1955.

Otro elemento de la ilusión especulativa es que, a medida que pasa el tiempo, disminuye grandemente la idea de analizar si, más allá del simple hecho del aumento de precios, hay razones para respaldar ese hecho.⁴

En el *boom* especulativo de Florida en 1925, los incautos norteamericanos olvidaron que estaban pagando, por terrenos silvestres y arenosos, un precio más elevado que en ciudades dinámicas. En la especulación previa a la crisis bursátil de 1929, otros incautos pagaron acciones a precios que eran diez veces superiores al valor real de las empresas que amparaban. En el caso de la pobre Lolita, ella nunca pensó si los intereses que reinvertía eran realmente resultado de ventas exitosas de la comercializadora.

Se dieron los elementos, se puso la burbuja especulativa al alcance de los pequeños ahorradores y el ciclo expansión-especulación-estancamiento-pánico-desplome ya no fue privilegio de los mercados bursátiles; vino el colapso y doña Lolita anda reclamando en los tribunales su dinero perdido. Toda proporción guardada, una operación similar están haciendo los hacendistas y los especuladores del país en la actual coyuntura económica.

Aunque la mayoría de nosotros lo ignora, puede comprobarse que el déficit comercial de México fue de 11 900 millones de dólares en 1991; que el acumulado en el trienio salinista es de más de 20 000 millones; que, según estimaciones del Institute of International Finance de Washington, se espera que el déficit en 1992 sea de 16 400 millones. Esto significa que "el país requerirá un financiamiento neto del orden de 45 000 millones de dólares durante la segunda mitad del sexenio".⁵

⁴Galbraith, *op. cit.*

⁵Enrique Quintana, "La torre de papel", *El Financiero*, 8-IV-92.

Para lograr esa afluencia constante de nuevos dólares es necesario que se cumplan varias condiciones: la estabilidad del país, que está garantizada; la posibilidad de que nuevos inversionistas en cartera vengan a jugar en la Bolsa Mexicana de Valores; la posibilidad de que nuevos fondos mexicanos de inversión sean colocados en el extranjero; y una cuarta, de muy difícil cumplimiento, que continúe la tendencia alcista de la Bolsa, en forma indefinida, hasta la consumación de los siglos.

En esa forma, el gobierno podrá utilizar las nuevas inversiones en cartera —que se deben a los bancos de origen— para pagar las abundantes importaciones que son delicia y contento de los mexicanos.

Lo más grave de este asunto es que la afluencia de divisas depende de un alza insostenible de las acciones de dos centenares de compañías, en las que el precio financiero ya no guarda relación con el valor real de las mismas.

En ese escenario, el tratado de libre comercio es pieza clave para lograr la complacencia de la banca y la especulación norteamericanas; no tanto por lo que se pueda comprar y vender sino por todos los añadidos, reglas y prohibiciones que se han incluido.

Yo no creo que un acto absurdo en la vida privada sea una genialidad en la vida pública; que el utilizar el “dinero caliente” que se debe a los unos para pagar las deudas a los otros sea una buena estrategia de desarrollo. Estamos en la segunda fase del ciclo de las burbujas financieras. Tuvimos una expansión natural y deseable, ahora estamos cruzando el periodo de la especulación indeseable; podemos toparnos con el estancamiento que desataría un desastroso pánico y sufrir el desplome de las esperanzas.

En los dos prólogos anteriores hemos ido de una circunstancia global a una modesta condición individual para mostrar las razones por las cuales México debería decir NO a las causas que nos empujan a esa rendición económica, casi incondicional, que se llama el tratado de libre comercio.

Si el tratado es el sumando de medidas que encaminan a México a un capitalismo sin entrañas en lo interno y a la anexión económica en lo externo, debemos y podemos decir NO.

En este libro veremos dónde estamos, avizorar a dónde nos llevan y soñar en el horizonte a donde debiéramos ir. Significa ponderar los cambios en el mundo para probar que debemos aceptarlos y atacar muchos mitos de circulación obligatoria. He oído decir varias veces que, hoy por hoy, vivimos entre un pasado que no se marcha y un futuro que no llega; lo cual es la repetición de aquella frase más poética de Alfred de Musset: “Todo lo que fue, ha dejado de ser; todo lo que será, aún no es”, con la aclaración de que fue escrita en 1836.

Por eso, pensando en los cambios, no debemos embriagarnos con los “descubrimientos” que hace cada generación de las mismas cosas que ocurrieron a sus padres, sino tratar de ubicarlas en un tiempo más profundo. Decir NO significa rechazar el triunfo del capitalismo salvaje y levantar la vista, más allá de cada rama industrial, al conjunto de promesas y amenazas que hay en el México libre.

Al decir NO estaremos diciendo sí a algo más valioso: el ensueño que teníamos de realizar un destino conjunto con los demás países latinoamericanos; a la vieja y entrañable idea de una “nueva grandeza mexicana”, a la fisonomía nacional que se pierde cuando se per-

vierte. Algunos dicen que los argentinos son italianos que quisieran ser franceses; si nosotros no conservamos la identidad, otros dirán que los mexicanos somos españoles que se revolieron con indios y ahora quieren ser yanquis.

México, D.F., abril de 1992.

*De qué mundo
me estáis*
Primera parte
Dónde estamos

Entre los años de 1989 y 1990 fuimos asediados con frases propagandísticas y sermones editoriales y discursos sobre los cambios maravillosos que estaban ocurriendo en Europa. Líderes de barrio, periodistas, curules, profesores rurales, anunciantes de zapatos, gremios, sindicalistas de renombre nos hablaron, con cualquier pretexto, de los cambios ocurridos en Europa como buen ejemplo de otros que debían ocurrir entre nosotros. Se hacían a Polonia y a la heroica lucha del sindicato de la Solidaridad; más tarde, al derrocamiento del muro de Berlín y de la Cortina de Hierro; al surgimiento de la democracia en Europa oriental; de la Glasnost, las elecciones en Moscú, la disolución de la URSS y otras y tantas cosas maravillosas. No cabe duda que la idea del cambio es una de las más permanentes en el mundo. La modernidad del gobierno y el imperativo histórico de firmar un tratado de libre comercio con los Estados Unidos eran presentados como nuestra cuota de participación en la dinámica internacional. Después de años de las metamorfosis padecidas o forzadas por la necesidad en estas posmodernas del siglo xx, se nos presentaba un grupo de pueblos que se habían liberado de la hegemonía de un país poderoso y el afán de